

NUESTRA CULTURA EVALUATIVA: “¿TIENE UN MINUTITO PARA HABLAR DE LA EVALUACIÓN COMO PROCESO?”

Francisca Galaz Aguilar
pep.galaz@gmail.com

– De 6,5 a 7 – dijo mi mamá – No quiero notas más bajas que eso. Mi yo de 7 u 8 años accedió. Recién estaba comenzando la enseñanza básica donde las calificaciones comenzaban a ser algo “importante”. Crecí a lo largo de mis años escolares con ese pensamiento todo el tiempo en mente. Mi mamá pensaba (discusión que hemos tenido ahora que ambas somos adultas) que si ella había sido una “buena alumna” entonces yo y mi hermana también debíamos serlo. Aspirar a más, porque la única obligación que tiene un niño o niña que crece en un ambiente favorecido socioeconómicamente es “rendir en el colegio”. Mi hermana no tenía dificultades con lo que mi mamá pedía, logrando todos los años escolares sacar el primer lugar del colegio. Y en mi colegio, solo daban dicho reconocimiento al promedio más alto del curso. El problema era que yo siempre salía segundo mejor promedio. Esperaba en diciembre junto al teléfono la llamada del colegio para invitarme a esa ceremonia de la que yo tanto quería ser parte. Escuchar mi nombre, pararme al frente de mis pares y recibir aplausos de mis amigos y familia, orgullosos. Pero no pasaba, y tenía que ir igual a esa ceremonia, porque mi hermana era premiada. Hasta un año me esforcé por tener 100% asistencia para al menos ser invitada a la ceremonia por esa razón. Fui al colegio enferma para recibir el premio, y ese año decidieron no incluir en la premiación a los estudiantes con asistencia perfecta. Mi esfuerzo no sirvió de nada y una vez más me sentí un fracaso. Mi mamá se sentía

decepcionada de mí y yo por mi parte, lloraba en el colegio cuando obtenía un 6,4 de calificación. Sufría de tal manera que llamaron a mi mamá al colegio cuando yo estaba en tercero básico para preguntarle si me pegaba. Cuando llegué a la media por fin lo logré. Saqué el mejor promedio, porque la niña que siempre me “ganaba” se fue a un internado en India. Era mi amiga, pero igual me puse feliz cuando se fue, porque por fin podría ser la número uno. Logré participar de esa ceremonia, recibí lo que tanto quería y sonreí. ¿Sonreí realmente? Por fuera sí, pero por dentro algo me aquejaba. Mis profesores, muy responsablemente, siempre me habían hecho saber que las calificaciones no eran lo más importante. Y si bien lo sabía, no lograba internalizar ese mensaje. Hoy, con 30 años, yo soy mi mayor juez y mi mamá solo quiere que esté contenta y haga lo que sea que me haga feliz.

Quise comenzar este ensayo con aquella anécdota, porque refleja lo que constituye la Cultura Evaluativa para muchas personas. De acuerdo a Schein (1992), la cultura de evaluación se va conformando con la suma de experiencias pasadas, el uso de buenos y malos instrumentos de evaluación, las competencias e incompetencias de quienes realizan los procesos evaluativos, la madurez y formación que tengan los evaluadores y evaluados, y qué tan explícitos o implícitos son los criterios que se emplearán para generar juicios y valor y tomar decisiones. Cada actor participante de la evaluación construirá en lo individual y lo colectivo lo que el concepto de evaluación significa para sí mismo.

Al mismo tiempo, cuando hablamos de una cultura evaluativa, distinguimos entre aquella existente y aquella deseable (Bustelo, 2006). Si miramos a nuestro alrededor como estudiantes y/o docentes somos capaces de ver que todo nuestro sistema educativo nacional gira en torno a la calificación o al puntaje como principal indicador de logro. Es cosa de fijarse en la gran cantidad de evaluaciones estandarizadas que nos rodean: SIMCE, PSU, entre otras internacionales. Pero, ¿puede un simple número, letra u porcentaje definirnos como personas?, ¿por qué le permitimos tal alcance y poder?, ¿necesitamos realmente denominar todo con un número para clasificarnos?

Hoy en día, como educadora de párvulos, placentemente no debemos utilizar calificaciones, pero sí usamos otros instrumentos de evaluación como rúbricas donde nos apoyamos en números. En el caso del lugar donde me desempeño actualmente, el "4" es sinónimo de un aprendizaje o habilidad que un niño o niña logra "Siempre". Hace unos años atrás una niña de Nivel de Transición 1 me contó al día siguiente de la entrega de informes de fin de año que estaba feliz porque su report card tenía solo "cuatros". Por supuesto que para una niña de 4 ó 5 ese mensaje no surgió de ella, lo escuchó. Y ese mensaje transmite la cultura evaluativa existente. Pero no la deseable.

Para poner en contraste la cultura evaluativa existente de la deseable es primero esencial conceptualizar la evaluación. La evaluación ha llevado a cabo un largo proceso de evolución en conjunto con la educación (Ahumada, 2012). La evaluación como juicio se mantuvo hasta fines del siglo XIX, para ser reemplazada por la postura de evaluación como medición, asignando un carácter cuantitativo a la misma. Fue en la década de los 30, cuando Tyler enfoca a la evaluación en el logro de objetivos previamente establecidos. A pesar del avance lejos del concepto de medición, la postura de Tyler aun se enfocaba en los resultados, por lo que no lograba perder su carácter cuantitativo. En la década de los 70, Stufflebeam define por primera vez la evaluación como "un proceso de recolección de información útil que permite facilitar la toma de decisiones" (2012: 22). El enfoque de

Stufflebeam logra centrarse en la evaluación como proceso y además, indicar que el objetivo de la misma es la toma de decisiones para la mejora del proceso y, en consiguiente, de los resultados.

Así, las concepciones de evaluación han ido con los años combinándose y recogiendo lo mejor de cada una para consolidarse en lo que hoy conocemos como la concepción ecléctica de la evaluación: "el proceso de delinear, obtener, procesar y proveer información válida, confiable y oportuna que permita juzgar el mérito o valía de programas, procedimientos y productos, con el fin de tomar decisiones de mejora (2012:23).

Ahora bien, la evaluación evolucionó, pero al parecer nosotros nos quedamos en el pasado con la visión basada en juicio y medición. No consideramos la evaluación como lo que realmente es: un proceso. Y tampoco utilizamos los insumos que obtenemos de la misma para mejorar nuestras prácticas. Entonces, ¿cómo podemos hacer para cambiar nuestra cultura evaluativa?, ¿cómo podemos hacer para ir desde la cultura evaluativa existente a la deseable?

Como todos los cambios en sociedad, el cambio debe primero ser individual. Yo como docente debo tomar la decisión de transmitir a quienes me rodean el verdadero foco de la evaluación. Tomarlo como mi propia misión evangelizadora para comunicar a mi entorno mis ideales: "colega, ¿tiene un minutito para hablar sobre la evaluación como proceso?". No dejemos pasar una reunión de consejo de profesores para mencionarlo, comentarlo con nuestros pares, no importa si somos educadoras o profesoras de asignatura en media. Debemos comunicarlo. El lenguaje crea realidades.

¿Qué ideas debo transmitir? (y, por cierto, llevar a cabo). A continuación enumero algunas:

1. El error como oportunidad de aprendizaje: tengan meses de vida o 18 años, le comunico al niño o a la niña la importancia del error. En mi propia sala de clases intento instaurarlo como un mantra, un arma de defensa de mis estudiantes cuando en el futuro los sentencien por equivocarse: "si no me equivoco, no aprendo", "cuando me equivoco

aprendo más”. Y no es una simple idea mía. La neurociencia lo respalda: aprendemos de las experiencias, de nuestras vivencias. Los errores son experiencias positivas que debemos valorar como tales. Guiémoslos en la tarea de desapegarse de la goma de borrar, ayudémoslos en la tarea de considerar el cuaderno como bitácora de mis aprendizajes más que el registro de lo que debo memorizar para la prueba.

2. La retroalimentación efectiva: el Decreto 67 de Evaluación, Calificación y Promoción Escolar entrega un rol protagónico a la evaluación formativa. Parte importante de todo proceso evaluativo, principalmente la formativa, es la retroalimentación, es decir, la información entregada por un agente (profesor, par, libro, padre, la experiencia o si mismo) en relación a aspectos de la comprensión o desempeño de uno mismo (Hattie & Timperley, 2007). La retroalimentación o feedback debe tener ciertas características esenciales para ser efectiva:

- Debe entregarse de forma oportuna: la acción del estudiante y la retroalimentación deben estar lo más cercanas en el tiempo (Gibbs & Simpson, 2004).
- Debe estar en sintonía con los intereses del estudiante: motivarlo a partir de cosas que llamen su atención y se relacionen con sus características como persona y sus procesos de aprendizaje (Hattie, 2013).
- Debe entregar información sobre las metas de aprendizaje, integrando al estudiante en el proceso de aprendizaje, logrando que se sienta protagonista de sus metas (Saíz y Bol, 2014).
- Depende de dónde y cuándo se entregue, es decir debemos considerar momento y lugar para que este sea más efectivo (Saíz y Bol, 2014).
- Debe hacer uso del error como herramienta de aprendizaje, enfocándose en formas de utilizarlo como una oportunidad, visualizando estrategias para mejorar (Hattie, 2013).
- Además de establecer objetivos, el profesor debe indicar los pasos a seguir para alcanzar la meta en conjunto con el estudiante al inicio de la tarea (Saíz y Bol, 2014).
- Durante el feedback el profesor debe realizar

preguntas que guíen al estudiante y lo induzcan a analizar la situación, con la finalidad de alcanzar la autorregulación (Saíz y Bol, 2014).

- La etapa de la metacognición es esencial en el feedback. El docente debe ser capaz de guiar la reflexión sobre el aprendizaje en conjunto con sus estudiantes de forma grupal o personalizada para fomentar la toma de conciencia de lo vivenciado (Saíz y Bol, 2014).

3. Incorporo a mis estudiantes en el proceso evaluativo: cuando pienso hacia atrás en mi paso por el colegio no recuerdo ninguna sola vez donde algún profesor nos haya incluido en el proceso evaluativo. Todos los instrumentos de evaluaciones siempre eran los mismos (pruebas escritas y un par de trabajos en grupo y exposiciones orales) y nunca se preguntaba nuestra opinión sobre nada. Si esperamos que los niños y las niñas se sientan partícipes del proceso evaluativo, es necesario involucrarlos, pero ¿cómo puedo hacerlo? Hacerlos partícipes de la creación de los instrumentos de evaluación, tomando sugerencias sobre qué preguntas les gustaría que aparecieran en las pruebas, qué tomar en cuenta a la hora de evaluar una disertación (para la creación de rúbricas), entre otros. Esto se puede llevar a cabo desde el ciclo de educación parvularia (finales de NT1), por ejemplo para la lista de cotejo con la que se evalúe una disertación. Para niveles más grandes incluso pueden comenzar a evaluar a sus compañeros en diferentes instancias utilizando la misma rúbrica o pauta evaluativa que utilice el profesor para evaluar a los estudiantes.

Cuando los estudiantes establecen sus propios criterios evaluativos se sienten partícipes, lo que los estimula a poner todo de su parte para alcanzar sus metas.

4. Utilizo la evaluación como herramienta para la mejora: cuando recorro en conjunto con mis estudiantes el proceso de aprendizaje y el proceso de evaluación, no perdamos en momento de la reflexión. Si tengo los resultados de una evaluación, no me concentro simplemente en entregar las calificaciones y doy la unidad por finalizada. Reviso la evaluación, leemos las respuestas, reflexionamos sobre qué nos pasó, qué

nos faltó, qué nos sobró. Dialogo con mis estudiantes sobre sus opiniones y reflexiones: ¿qué actividad de la unidad les sirvió más para aprender un determinado contenido?, ¿cuál no les pareció que aportara?, ¿qué les gustaría que incluyéramos y/o repitiéramos en la siguiente unidad?. No seamos adultocentristas y pensemos que solo “al niño le faltó estudiar más” o “es flojito”. Quizás nuestro trabajo no fue el mejor y la evaluación junto con la reflexión nos servirán para mejorar nuestras prácticas y ser mejores profesores día a día.

Antes de estudiar Pedagogía pasé por dos años en la carrera de Medicina Veterinaria. Al comienzo de cada asignatura los profesores tenían la costumbre de presentar un gráfico con los porcentajes de estudiantes de reprobaban y aprobaban el curso como forma de asustar a los estudiantes (porque no me digan que tiene otro fin). ¿Quiero ser el profesor del ramo que nadie pasa?, ¿quiero ser el profesor de las preguntas con pillerías? Entonces no soy un buen profesor, porque algo estoy haciendo mal para que mis estudiantes no aprendan. Al final del día, las calificaciones no son solo un reflejo de nuestros estudiantes, sino que también de nosotros como profesores. Utilicemos ese insumo que las evaluaciones son dan.

5. Transmito mis ideas a los apoderados: a pesar de trabajar con niños y niñas en etapa de educación parvularia, los padres suelen plantear la pregunta “¿y Miss cómo lo ve en relación al curso?”, con un afán competitivo que incluso a ellos les pasa desapercibido (cultura evaluativa existente). Los estudiantes de cualquier edad son seres únicos e irrepetibles, por lo tanto, nunca los voy a comparar entre ellos. Instemos a los padres y madres a comprender que el proceso de aprendizaje de cada niño o niña es individual, que no depende de su compañero o compañera del lado y que tampoco puedo acelerarlo a la velocidad que yo quiera.

Otro discurso que se repite mucho es “no quiero que cuando se compare con sus amiguitos se dé cuenta que sabe menos”. La comparación con el otro es una conducta adquirida, no natural, y es parte de la cultura evaluativa existente. En vez de temer por cómo se sentirá mi hijo o hija, debo armarlo de herramientas que

le permitan valorarse a sí mismo por lo que sí es y no por aquello que le falta por lograr. Una vez una mamá muy angustiada me contó que su hijo mayor estaba atrasado en la lectura. Luego de preguntarle “¿atrasado en relación a qué?” y explicarle la importancia de respetar los procesos individuales me pregunté si ella creía que su hijo nunca lograría aprender a leer y sería analfabeto. Es cierto que a veces las presiones escolares pueden ser altas en un ambiente academicista, pero como padres y madres no debemos dejar que eso afecte la confianza en nuestros hijos e hijas y que lograrán sus metas aunque el camino sea más largo.

Comprendamos que cuando comparamos, apuramos o cuestionamos los aprendizajes de nuestros estudiantes y/o hijos/as estamos faltándole el respeto a sus procesos.

6. Seamos humildes, solidarios y mantengámonos actualizados: en todas las profesiones es esencial mantenerse actualizado, debemos continuar estudiando y explorando nuevas estrategias, averiguando sobre nuevos descubrimientos y adquiriendo conocimientos. Nunca vamos a manejar toda la información necesaria, nunca dejamos de aprender, por lo que es importante seguir aprendiendo sobre las diferentes áreas de interés que tengamos.

Al mismo tiempo, debo como docente mantener una postura humilde frente a lo que mi colega pueda enseñarme. No solo aprendo de cursos, capacitaciones y postgrados. El aprendizaje más rico llega en el día a día con la experiencia. A la vez, debo ser solidario con lo que yo sé: comparto mis recursos creados y transmito mis experiencias y conocimientos para enriquecer a mis pares.

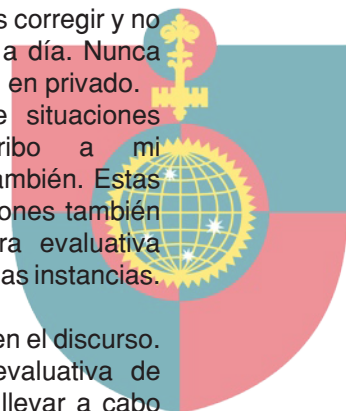
La humildad no solo debo tenerla con mis pares de trabajo, sino que también con mis estudiantes quienes me enseñarán en cada momento y cuestionarán todo. Aprovechemos esos cuestionamientos y tengamos la capacidad de responder “no sé la respuesta tu pregunta, pero voy a investigar y mañana te cuento”. Cumplamos con nuestra palabra para que los niños y niñas sientan que estamos comprometidos/as con su aprendizaje.

7. Cuidemos nuestro lenguaje: así como en la lucha contra el patriarcado como feministas hemos ido identificando los micro machismos, en evaluación también podemos identificar pequeños mensajes en el lenguaje que reflejan una postura centrada en la calificación. A veces no nos damos ni cuenta y estamos calificando a nuestros estudiantes con características que los encierran en estereotipos y los estigmatizan: el desordenado, la conversadora, el peleador, la sacadora de vuelta. Los niños y niñas crecen y hasta llegan a IV medio con el mismo cartel colgado del cuello.

Es muy importante que cuando describimos a nuestros estudiantes fomentemos hacerlo de forma positiva, destacando sus fortalezas. En aquellos casos en que corregimos un comportamiento lo hacemos de forma personal y centramos nuestra observación en la situación particular que queremos corregir y no extrapolo dicha conducta al día a día. Nunca olvidar: halago en público, corrijo en privado. A pesar de que hablamos de situaciones conductuales, cuando describo a mi estudiante lo estoy calificando también. Estas modificaciones en nuestras acciones también propiciarán alcanzar una cultura evaluativa centrada en los procesos y no en las instancias.

Lo más importante es no dejarlo en el discurso. Si quiero cambiar la cultura evaluativa de la existente a la deseada debo llevar a cabo acciones para alcanzar mi meta. No dejemos que la historia de la evolución del concepto de evaluación de la que nos habla Ahumada pase en vano. Recordemos llevar a cabo algunas de las sugerencias planteadas que pueden en su mayoría adaptarse a cualquier nivel para dejar de visualizar a la evaluación como calificación y pasar a verla como lo que es: un proceso.

Hoy en día tengo una maravillosa relación con mi mamá y ella tiene claro el error que cometió sin mala intención, porque nadie le enseñó a ser mamá. Y esa equivocación me llevó a mí a dedicarme a estudiar la evaluación y trabajar día a día para que mis estudiantes enfrenten el proceso evaluativo con las mejores herramientas.



Referencias

Ahumada, P. (2012). *La Evaluación en una Concepción de Aprendizaje Significativo*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Bustelo, M. (2006). "The Potential Role of Standards and Guidelines in the Development of an Evaluation Culture in Spain". *Evaluation*, 12, 437-453.

Gibbs, G. y Simpson, C. (2004). "Conditions Under Which Assessment Supports Students' Learning". *Learning and Teaching in Higher Education*, 1(1), 3-31.

Hattie, J. (2013). *Visible Learning for Teachers: Maximizing Impact on Learning*. New York: Routledge.

Hattie, J., Timperley, H. (2007). The power of feedback. *Review of Educational Research*. 77(1), 81-112.

Sáiz, M. C. y Bol, A. (2014). "Aprendizaje basado en la evaluación mediante rúbricas en educación superior". *Suma Psicológica*, 21(1), 28-35.

Schein, E. (1992). *Organizational Culture and Leadership*. San Francisco: Jossey-Bass

